

han hecho de mis versos en
otros países y en el mío, ni
me fueron consultadas á
su debido tiempo, ni han sido
autorizadas previamente ni
obedecien á un plan que sea
de mi agrado

Soy de ustedes
afin y seguro servidor

Juan de Dios Peró

PRÓLOGO

La poesía es útil, porque el arte de igual modo que la industria y que la ciencia es necesaria al hombre. Si la una le ministra los mil objetos para los usos diarios de la vida, si la otra le descubre las verdades que han de alumbrar su entendimiento, el arte le proporciona grato y honesto solaz elevando su espíritu á la contemplación de lo bello. El ánimo fatigado por la cotidiana labor, anhela y necesita descanso, y la contemplación de las cosas hermosas de la Naturaleza tienen virtud de proporcionárselo recreándole. Un campo ameno, la claridad de la luna, el canto de las aves ó cualquier otro objeto semejante, poseen el secreto para desembarazar de fatiga á quien los contempla; por eso instintivamente se buscan. Mas las obras del arte que representan é interpretan la bella Naturaleza y que muchas veces tienen mayor

fuerza atractiva que esta misma, por ese *algo* que el verdadero artista sabe poner en sus producciones y que en vano se buscaría en la realidad, en otro campo que no sea el del arte, por lo común causan mayor encanto, producen mayor solaz; y ese noble deleite, da la razón de su ser, al par que patentiza su utilidad. Satisfacen una necesidad: el recreo. Con él renuevan el gastado vigor del espíritu, poniéndole en aptitud de tomar de nuevo la dejada labor. Dan la *frescura* del trabajo, que dirían los economistas.

Ese desinterés, esa generosidad que algunos designan como característica calidad del arte y de la cual han concluido su inutilidad (1), no es sino timbre de su elevación, de su nobleza; habiéndose llamado por eso mismo á sus distintas ramificaciones artes liberales, en contraposición á las de la industria, de rastrero vuelo, pero de no mayor utilidad que las primeras; entiéndase, cada cual en su propia esfera; y así se explica que, en un siglo eminentemente utilitario como el nuestro, hayan prosperado las bellas artes por extraordinaria manera.

(1) Valera, *La Metafísica y la Poesía*. Polémica con Campaor.

De las manifestaciones artísticas producidas por medio del mármol ó el bronce, el lienzo, el sonido y la palabra, alcanzan mayor importancia las últimas, ya por ser más amplio el campo de acción de que la palabra dispone, ya por tener ésta mayor fuerza de expresión que los otros medios. Multitud de asuntos que se niegan á ser tratados por la escultura, la pintura y la música, no solamente con facilidad los maneja la poesía, sino que les da extraordinario desenvolvimiento. Á esto agréguese su poder para herir la imaginación, el sentimiento y aun la razón, y fácilmente se comprenderá cómo excede en importancia á las demás artes bellas, y cómo el drama, la novela y la lírica imperan en el gusto de nuestros días, imperio que no comparten más que con la música, pero unida á la poesía; claros indicios todos, de que ésta está bien distante de ser cosa superflua. Ni se comprende cómo el discreto Platón pudo haber estimado por conveniente que á sus cultivadores se les desterrase de su ideada república coronándolos de rosas, sino es atendiendo á que la dicha república no estaba de lo mejor organizada; opinión que se confirma al ver que nunca fué planteada en la práctica, ni aun se intentó siquiera llevarla al terreno de la

realidad. Más acertado habría andado, sin duda, el filósofo ateniense, si el ostracismo que ordenara contra todos los poetas, lo hubiese limitado á los malos, y en esta vez negándoles naturalmente la corona.

Admitida la innegable importancia del drama, la novela y la lírica, ramas del arte de la palabra que por igual todas tres se dividen el imperio del moderno gusto, no cabe negar que aunque no en todos, en ciertos puntos aventaja la lírica al drama y la novela. Á aquél, en cuanto que se basta á sí sola sin tener que ayudarse de la mímica ni las decoraciones; á la novela, por tener el complemento de la poesía, que es la rima, ó si se quiere, la perfecta medida rítmica que no posee la prosa, lenguaje musical que deleita el oído, que convierte la materia bruta de la palabra en armónica y divina, y que salva al pensamiento que de ella se reviste, de la decrepitud, librándole de las variaciones á que incomparablemente está más sujeta la prosa. Excede á ambas, ora en la brevedad con que puede tratar sus asuntos encerrándolos en la sobria concisión de sus estancias, ora en la verdad de la expresión de ellos; pues siendo el poeta lírico el mismo que habla, y que expone y que saca e.

mundo oculto en los repliegues de su propia alma, ha de ser más sincero, más veraz que no el dramaturgo y el novelista, creadores de personajes que debiendo ser distintos del poeta, son frecuentemente multiplicaciones de él mismo ó entes de razón privados de toda vida, de toda conmovedora verdad. Á la lírica es dado revelar las intimidades del corazón, manifestar los propios dolores; ella inspira al músico sus melodías, celebra las hazañas, enaltece á los héroes, despierta y enardece el entusiasmo, comunica en himnos con el Creador; en ella sólo puede caber el más eximio lenguaje, y ella puede, en suma, franquear los últimos confines de la idealidad.

Abierta á la variedad infinita de sus asuntos, aun los más contrarios, pudiendo expresar las luchas y las pasiones del individuo y de la sociedad; apta para reflejar las ideas, los intereses, los ensueños de la época en que vivimos; capaz de contener toda la verdad humana, la lírica que conmueve nuestra alma y remueve nuestros afectos, es por eso sentida, apreciada, enaltecida en nuestros días, quedando al propio tiempo relegados al olvido, ó poco menos, otros géneros literarios que como la bucólica, la tragedia clásica y la épica pura,

etc., dicen poco al espíritu ávido de sentir *bondo*, y que por eso mismo quizá tienden á desaparecer, por más que lo contrario sostengan escritores más provistos de buena voluntad que de razón. Así se explica el gran florecimiento que la lírica alcanza en la edad presente, habiendo merecido que con tal denominación la hayan apellidado algunos escritores en contrapuesto parecer con quienes sin motivo fundado para ello, la han acusado de sobrado prosaica.

Sin embargo de ser numerosos los poetas líricos modernos, pocos han sido los que, como el autor de las obras á que estas líneas preceden, han sabido, por consciente ó inconsciente manera, hallar un venero de inspiración tan nuevo, original y atractivo.

Nació Juan de Dios Peza en la ciudad de Méjico el año de 1852, y fué hijo del General del mismo nombre, que figuró en prominentes puestos públicos durante el imperio de Maximiliano. Privado por la muerte desde la más tierna edad, de los cariños maternales, su padre hubo de extremar su ternura, pero al mismo tiempo le procuró esmerada educación. Hizo sus estudios serios en la « Escuela Preparatoria » de la Capital, donde cursó literatura

bajo la dirección del célebre hombre de letras don Ignacio Ramírez, conocido más generalmente con el nombre de « El Nigromante », que le tuvo especial afecto. En aquellas aulas comenzó á revelar sus dotes poéticas y á formar sus ideas políticas que han sido las del partido liberal y republicano, habiéndole dejado su padre en esta materia obrar con libertad entera.

Terminados sus estudios preparatorios y sintiéndose inclinado á seguir la carrera de la Medicina, ingresó en la escuela de dicha facultad. En ella conoció al malogrado poeta Manuel Acuña, con quien trabó amistad estrecha que le proporcionó ocasión propicia para desarrollar sus aficiones poéticas.

Triunfante el partido republicano, el general Peza tuvo que sufrir el destierro, y como consecuencia, su hijo, careciendo de lo más preciso para la vida, y cuando ya casi estaba para terminar su carrera, abandonó los estudios médicos aceptando el puesto que se le ofreció en la redacción de un periódico. Desde entonces dedicóse á trabajos periodísticos, formándose él solo, y creándose á más, una reputación literaria no sólo con sus artículos, sino con las poesías que comenzó á publicar.

Siguió trabajando sin descanso hasta que en 1876 fué nombrado Secretario de la Legación de Méjico en Madrid, á donde partió poco después de haber contraído matrimonio. En la capital de España trató á los más distinguidos literatos de aquella nación, cultivando especial amistad con Grilo y Selgas; y á su iniciativa y empeño debióse la publicación de « La Lira Mejjicana », escogida antología de los poetas contemporáneos de su patria, antes desconocidos casi por completo en el extranjero.

De regreso en su país después de haberle servido algunos años en el puesto que dicho queda, tuvo que experimentar y sufrir con levantado espíritu la inmensa desgracia que ha dejado huérfanos á sus tres hijos, Concepción, Margarita y Juan, y que al poeta ha hecho arrojar contra la prevaricación no « las piedras de Judea, sino el dardo de su desprecio ». Estimado y querido por cuantos tienen ocasión de conocer su exquisito trato, desempeña hoy con beneplácito de los infortunados, el puesto de Director de la Beneficencia Pública del Distrito Federal, siendo al mismo tiempo diputado al Congreso de la Unión.

De sus obras leídas con avidez, lo mismo en

su patria que en toda la América española, se han hecho varias ediciones, pero sólo la presente autorizada por su autor.

¿Qué es lo que avalora las composiciones del señor Peza? Impulso genial hale llevado á tomar por tema de su inspiración un asunto sencillo, delicado y de una casta belleza: el niño. ¿Qué otro puede excederle en poesía? Botón de rosa en cuyos misteriosos repliegues guarda el perfume de la inocencia, nada hay como el niño que brinde al arte con más suave hermosura, con placidez más risueña. Y si comprendiendo el tesoro de los encantos que su cuerpo encierra, han sabido explotar las artes plásticas esa riqueza, ¿cómo habían quedado ocultas para la poesía las gracias de su alma, no tocándose este asunto sino por tal cual poeta y por mera incidencia, casi dejándolo pasar inadvertido? Así es cómo le dedican una ó dos de sus numerosas composiciones la Avellaneda, Pesado, Collado, etc.; rozando el asunto y quedando como velada para ellos su riqueza. El mismo Víctor Hugo que siempre fué inclinado á hablar de la niñez y á la que dedicó en sus novelas lindas y sentidas páginas, es débil en extremo al tomarla por motivo de sus versos; pudiéndose afirmar sin

temor de equivocarse, que era ese un campo sin segar hasta el momento en que á Peza fué dado entrar de lleno en él á recoger granado fruto. Puede, por lo tanto, considerársele autor de un género nuevo y poeta en el sentido estricto de la voz, esto es, *creador*.

Peza no canta al niño en abstracto como lo hiciera Víctor Hugo en los versos de su primera época que les dedicó, y los demás poetas que hemos citado, sino á sus propios hijos; y con aquel afecto y aquella ternura ingénitos en el hogar de su patria, y siempre reflejando la realidad, la verdad, huyendo de vagas generalidades é interesándonos constantemente. Los versos del poeta francés que más podrían sostener comparación con los suyos, son los comprendidos en *L'Art d'être grand-père* que Víctor Hugo consagró á sus nietos *Georges* y *Jeanne*; pero si una lectura atenta y libre de toda preocupación nos consiente fijarnos en ellos, podremos advertir cuán distantes están en mérito de los del bardo mejicano. En efecto, nótese en ellos cierta marcada vaguedad, generalidades que dicen poco, salpicadas de tal cual rasgo tierno que si resalta, es por estar en aquel conjunto incoloro; los mismo temas con pocas variantes, numerosos

pensamientos sin interés; otros relativos á la edad primera, mezclados con las desconformidades del poeta con el dogma católico, que están pidiendo volumen diferente; casi todo ello expresado en alejandrinos pareados que por lo solemne y monótono, se prestan poquísimos á servir de envoltura á ideas ligeras y con propensión á lo delicado y gracioso. Á las poesías del *Arte de ser abuelo* principalmente, les es aplicable aquello de que « el pabellón salva la mercancía », pues si en vez de ir con el salvo-conducto del nombre del gran poeta francés, hubiesen ido firmadas por autor desconocido, es más que probable no le hubieran sacado de su modesta oscuridad. Túvosele á bien á quien se había mostrado vigoroso y terrible (y muy inspirado) en *Les Châtiments* que hubiese querido probarse en las delicadezas de la ternura. Mas de esto, á que alcance igual mérito en unas y otras composiciones, media gran distancia. De las dedicadas á sus nietos hay una que otra, aquella, por ejemplo, en que refiere el castigo del pan seco impuesto á Juana, que no carece de gracia; pero que guardan con las de Peza, la relación de un simple esbozo con un cuadro provisto de todos sus colores y claro oscuro.

Para encontrar algo más semejante á las composiciones de nuestra poeta, hay que ocurrir al primer canto de *Los Grandes Problemas*, más bien que al *Trompo y la Muñeca* de Campoamor, y á *Maruja* de Núñez de Arce. En aquél pinta esa natural curiosidad de la niñez ante lo desconocido (que para ella lo es todo) formulada en preguntas que hacen enmudecer, no á la experiencia humana, á la sabiduría misma; al paso que en el último poema se retrata con mano vigorosa, el candor, las travesuras, el infortunio de esa misma niñez; todo lo cual, deja sin embargo, incólume la originalidad de nuestro poeta, habiendo él solo entrado de lleno en un terreno al que otros no han hecho sino acercarse, puede decirse, con timidez.

Canta á sus propios hijos; así es que el sentimiento expresado tiene que ser necesariamente más personal, más verdadero, más hondo, más lírico, por consiguiente, que si tratase del niño en abstracto. Ha tenido el poeta que sufrir amargos dolores, ha tenido que vencer grandes dificultades en el camino de la vida, y en sus hijos, privados de otras caricias, ha reconcentrado toda la ternura de que el corazón de padre es capaz; por esto sus versos impregnados de sentimiento, palpitan

de verdad y exentos de frías vaguedades retóricas, nos interesan por extraordinaria manera, identificándonos al leerlos con su autor.

Sabe elegir discreta y atinadamente el argumento de sus composiciones, tomándole de los juegos infantiles, de las gracias, reyertas, curiosidades naturales en la edad primera, y lo desarrolla con aquella sencillez y verdad que al par del artista revelan al observador perspicaz. Sus cuadros de familia están pintados con las tintas de la realidad; pero realidad bella, porque el poeta huye de lo feo y lo vulgar. Con los juegos y delicadas ocurrencias de los niños sabe él ir entretejiendo pensamientos serios, profundos y filosóficos, que al mismo tiempo que forman grato contraste con lo ligero de otros pasajes, hacen meditar al lector impresionándole unas veces ó dejando en su alma, otras, una suave melancolía. Lo fugitivo de las encantadoras gracias de la edad tierna él lo ha hecho duradero fotografiándolas para siempre.

Realzan el mérito de estos versos la elevada moral de que algunos están sembrados. Por demás sabido es, aunque haya quien lo contrario piense, que no es requisito necesario para el arte que lleve precisamente fin moralizador, bastándole que

realice la belleza, puesto que la mayor parte de las producciones artísticas son de carácter indiferente, esto es, ni buenas ni malas en el terreno de la moral, y que otras no por su desconformidad con ella, dejan de ser bellas, como lo son, por no citar más ejemplos, los cantos de orgía de Byron ó el *Himno á Satanás* de Carduci. Pero aun aceptado que al arte no le incumbe sino producir la belleza, cuando en alguna de sus obras, según acontece en el caso presente, se encuentra reunida á la belleza la elevación moral, no cabe duda que la última realza á la primera; siendo de advertir, además, que muchas veces en el propio hecho moral está la belleza, confundiéndose entonces lo bueno con lo bello. Tal sucede con la acción de quien prefiere la muerte á la deshonra, del que da la vida por la patria ó del que con ánimo varonil arrostra los infortunios. Y pocas cosas habrá tan bellas estéticamente hablando y prescindiendo de más elevado punto de vista, como el Sermón de la Montaña. Por eso decimos están engalanadas ciertas composiciones del autor con pensamientos de exquisita moral y que cuadran, por otra parte, perfectamente con el carácter de ellas.

En los asuntos familiares que ha escogido, y

que como expuesto queda, ha desarrollado con naturalidad y verdad sumas, parecía que, ya por el mismo asunto, por excelencia realista, ya por la manera de desenvolverlo, sin apartarse de la escrupulosa exactitud de los detalles, hubiera caído en lo prosaico y vulgar; pero lejos de incidir en el prosaísmo, halo esquivado con acierto, manteniéndose constantemente en la debida entonación poética. Pagando tributo al gusto de la época en que vive, que, aunque ecléctica, propende al *realismo*, el poeta en estos versos es realista, pero realista de buen tono, esto es, sin las exageraciones de la escuela. Es realista, en cuanto que copia con fidelidad la naturaleza observándola directamente, á diferencia de aquellos que la toman de los libros; es realista, en cuanto que prescinde de la imitación servil de los modelos consagrados, para entregarse á su inspiración propia y espontánea; lo es, finalmente, en cuanto que no desdeña, antes se complace en ellos, asuntos sencillos y de la vida común y en ciertos pormenorizados detalles de la realidad evitados por los idealistas; habiendo logrado él en la poesía lo que para muchos escultores ha sido un imposible, esto es, dar formas artísticas con el traje moderno.